

Tierras de España

EL PROBLEMA ESPAÑOL



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2017

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodcordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

Selección, edición y prólogo: © José Esteban Gonzalo, 2017

Sobrecubierta: Caricatura de Luis Bagaría publicada en *Luz* el 1 de octubre de 1932
Fotografías de cubierta: Azaña en el puerto de Barcelona (1934) y durante una visita al frente de Guadalajara (1937), cortesía de Vicente A. Serrano

IBIC: DNF
ISBN: 978-84-16968-07-7
Depósito legal: M-5774-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tierras de España

EL PROBLEMA ESPAÑOL

Manuel Azaña

*Selección, edición y prólogo
de José Esteban*



Índice

Manuel Azaña, una pasión española	9
TIERRAS DE ESPAÑA	21
Madrid	25
Galicia	63
León, Asturias, Santander	75
Provincias Vascongadas	95
Castilla	113
Castilla la Vieja, 1926	123
Castilla la Vieja, 1928	129
POR TIERRAS CATALANAS	131
Paisajes catalanes	133
En el entierro de don Jaime Carner	137
La República y la autonomía de Cataluña	141
Discurso a los republicanos catalanes	147

OTROS VIAJES Y EXCURSIONES	155
El Escorial	169
ESCRITOS JUVENILES	173
Tardes madrileñas	177
El coche simón	187
Las arriesgadas proposiciones de Pío Baroja	199
NOTAS DE PARÍS	205
Vivir en París es vivir libre	207
El prestigio de las piedras grises	213
PÁGINAS AUTOBIOGRÁFICAS	217
EL PROBLEMA ESPAÑOL	253
ADDENDA	277
Frases de Azaña y pequeños apuntes	279

Introducción

Manuel Azaña, una pasión española

«Pertenezco a una generación que está llegando ahora a la vida pública, que ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación»

MANUEL AZAÑA, 1911

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, compañero de generación, meses antes de la cita de Azaña que antecede a esta introducción, había escrito: «Para un hombre nacido entre el Bidasoa y Gibraltar, es España el problema primero, primario y perentorio». Es decir, para los jóvenes Ortega y Azaña es primordial entender y enfocar el problema de España como urgente y necesario.

Para nuestro escritor, el desastre del 98, «aquella huella terrible», había sido dominadora de la vida pública de su generación. Por ello, su función histórica debía ser muy otra que la de aquellos grandes escritores, incapaces de todo tipo de acción política. «En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98 está por empezar». Como los llamados regeneracionistas, «aquellos españoles que atronaban la plaza pública al finalizar el siglo», no supieron ser hombres de acción. El propio Joaquín Costa, según nuestro autor,

temeroso de las fuerzas populares, se mostró siempre indeciso a la hora de actuar.

La desgracia de España es carecer y haber carecido de políticos que conozcan su oficio.

Manuel Azaña nació en Alcalá de Henares el 10 de enero de 1880. De estirpe liberal, su abuelo fue un liberal radical y su padre, alcalde constitucional, un liberal posibilista que creía en las virtualidades transformadoras de la Restauración. Él se decantaría, cuando llegara su hora, por el liberalismo radical.

Como joven testigo, vivirá la debacle de 1898. Y, más adelante, los vaivenes erráticos de la monarquía de Alfonso XIII. Se inició en la política en el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, a la izquierda del régimen, que se proponía consolidar democráticamente la monarquía. ¡Ingenuo propósito! Los Borbones representaban unos intereses políticos y sociales reñidos con las fuerzas progresistas, incluso con las más tímidamente progresistas.

Por dos veces, Azaña intentó conseguir un acta de diputado por el distrito de Puente del Arzobispo, en la provincia de Toledo. Ambas sin éxito; pero adquirió una impagable experiencia sobre el funcionamiento del imperante sistema caciquil.

Cuando en 1923, el año de su último fracaso electoral, estalla el golpe de Estado de Primo de Rivera, a nuestro escritor no le pilla de sorpresa. Lo estimó como una consecuencia lógica e inevitable del camino errático de la Restauración.

Es en este año cuando rompe con el reformismo de Melquíades Álvarez y decide radicalizar su posición y seguir otras rutas de rompimiento con todo lo establecido, ante el fracaso

de los complacientes métodos de los reformistas. «La intransigencia será el síntoma de la honradez», escribió.

Gran conocedor de la historia de España, sabía bien que, a pesar del monopolio del poder ejercido desde siempre por las fuerzas conservadoras y reaccionarias, existieron también otras fuerzas si bien sometidas al silencio y hasta la opresión. «España no ha sido siempre un país inquisitorial, ni un país intolerante, ni un país fanatizado [...]. No ha sido siempre así, señores, y a lo largo de toda la historia de la España oficial, a lo largo de toda la historia de la España imperial, a lo largo de todo el cortejo de dalmáticas y de armaduras y de estandartes que todavía se ostentan en los emblemas oficiales de España, a lo largo de toda esa teoría de triunfos y de derrotas, de opresiones o de victorias, de persecuciones o de evasiones del suelo nacional, paralelo a todo eso ha habido siempre durante siglos en España un arroyuelo murmurante de gentes descontentas, del cual nosotros venimos y nos hemos convertido en ancho río».

Y es entonces cuando Azaña, fruto de sus meditaciones, decide declararse republicano. La República, entonces como ahora, para un liberal radical representaba un verdadero Estado democrático. De ahí data su apelación a la República y su decidido propósito de dedicarse a ella con todo su entusiasmo.

Porque para Azaña, el Estado debe ser democrático, republicano y cultural. «Si a quien se le da el voto no se le da la escuela, padece una estafa. La democracia es fundamentalmente un avivador de cultura».

«El “arroyuelo murmurante de gentes descontentas” que citaba Azaña distinguía muy bien España de su Estado, y así desde los Comuneros de Castilla, que fueron los primeros en oponerse al peculiar Estado de la Monarquía de los Austrias,

hasta los federales de la I República de 1873, nadie dudaba de España y su unidad, ni del Estado que hacia estéril aquella unidad». (Manuel Muela, *Azaña estadista*, Madrid, 1983).

Respecto al problema de España, Manuel Azaña sustenta una posición ética cercana a la de los educadores, como Giner de los Ríos: El país, antes de iniciar su urgente y profundo cambio político y social, necesita una transformación moral. En 1921, diez años después de su artículo sobre los males de su generación, cuando ya ha tenido actividades políticas y se ha dado a conocer como secretario del Ateneo (1913-1919), reseña en su revista *La Pluma* el libro de Luis Araquistain, *España en el crisol*¹, y alaba la actitud del autor que se siente unido a los españoles que «consagraron heroicamente la vida a la formación del hombre nuevo». Porque lo urgente es «la transformación moral del individuo». Sin esta previa transformación moral, los hombres que aspiren a gobernar están condenados al fracaso.

Como su maestro Giner, Azaña pensaba que se debe crear una minoría rectora, «un grupo escogido que rijan con su acción y con su ejemplo la vida española: un grupo reclutado, desde luego, entre los españoles más capacitados intelectualmente». (Marichal). O sea, que los hombres nuevos se escogerán entre los españoles que se hayan capacitado a sí mismos para afrontar las necesidades nacionales.

La Generación del 14, a la que pertenece Azaña, es, según Pedro Laín Entralgo, la primera generación española moderna llamada, en palabras de Ortega, a hacer política. Es por tanto una generación universitaria, «deliberadamente políti-

¹ *Gentes de mi tiempo*, Manuel Azaña. Selección, edición y prólogo de José Esteban. págs. 121-126. REINO DE CORDELIA. Madrid, 2015.

ca». Y es Azaña, el hombre más representativo de esa generación, el que intentó llevar a cabo la nueva visión política aportada por esos jóvenes universitarios.

Porque Azaña se sentía profundamente español. «Tarde comencé a ser español. De mozo me criaba en un españolismo edénico, sin aceptación de bienes y males. Veía en el mapa las lindes de una España, pero este era nombre sin faz; moralmente no advertía sus límites, ni esperaba que los hubiese. Las anécdotas colegidas bajo el rótulo de Historia general no vivían más que un libro de estampas». (*El jardín de los frailes*).

«Lo que inspira el ser físico de España, cuanto en mi carácter viene de la sangre y me ata en la estirpe con tantas generaciones, era nada para el rango de español. El toque está en participar de una tradición y esforzarse a restaurarla; en asumir el encargo a que estoy prometido. Prueba su temple la cualidad española en la adhesión a las formas que han incorporado históricamente el ser de España». (*El jardín de los frailes*).

«Nos daba tan fuerte gozo el remedo de esa unidad interna que los frailes no disponían de argumento más sutil para inculcarnos su españolismo». (*El jardín de los frailes*).

«Cuando paso por algunas provincias de nuestro país, tan bellas desde la creación, miserables hoy, donde la pobreza española se ha comido hasta la corteza de los árboles y ya no queda nada por destruir, muchas veces me digo que nuestro país, por esas muestras, parece una tierra magnífica echada a perder por sus moradores. Pues ese mismo estrago de la tierra española lo observamos todos en el espíritu español, más doloroso, más grave, más difícil de restaurar que el estrago físico, y tanto como hablamos y hablan otros del acaparamiento de las riquezas españolas, que se pierden sin explotación, lo que yo más

temo, lo que más me preocupa, adonde van a parar todos mis pensamientos es a la pérdida de las fuerzas naturales del espíritu español, que no ha encontrado hasta hoy una mano amorosa que se ponga en cóncavo debajo del manadero y lo sostenga y lo acerque a los labios para que nuestro país pueda beber lo que tanta falta le hace»².

Quizá como Unamuno amaba España porque no le gustaba, pero a diferencia del pensador vasco, Azaña quería cambiar, y lo intentó muy seriamente, el futuro de ese atraso tradicional español. Podemos decir que practicaba un patriotismo activo. Porque «nosotros no queremos seguir siendo los guardianes de un ascua mortecina arrojada en las cenizas de este hogar español desertado por la historia. Queremos reinstalar la historia en nuestro hogar; que la tea pasada de mano en mano en las generaciones que nos ha precedido y llegó a las nuestras, podamos transferirla a las generaciones que nos sucedan, más brillante, más ardorosa, más fogosa, iluminando los caminos del porvenir. Lo que importa es el porvenir, republicanos y socialistas. Lo que importa es navegar. Ahora, tened presente que para esta navegación no basta que uno lleve el timón de la nave; otros han de sacar del pecho el aliento que impulsa las velas. Para esto os invito y convoco desde el último lugar, pero permitidme que lleve vuestra voz en este momento. Pecho al porvenir y revestíos de arrojo para ensayar, del arrojo grave de los hombres responsables que saben para lo que están en la vida y quieren dejar algo en la vida, y estad vigilantes para saludar jubilosos a todas las auroras que quieran despegar los párpados sobre el suelo español»³.

² Fragmento del discurso pronunciado en las Cortes, el 15 de abril de 1936.

³ Fragmento del discurso en las Cortes, el 27 de mayo de 1932.

«Cuando yo hablo de mi nación, que es la de todos vosotros, y de nuestra patria, que es España, cuyas seis letras sonoras restallan hoy en nuestra alma con un grito de guerra y mañana con una exclamación de júbilo y de paz; cuando yo hablo de nuestra nación y de España, que así se llama, estoy pensando en todo su ser, en lo físico y en lo moral: en sus tierras, fértiles o áridas; en sus paisajes, emocionantes o no; en sus mesetas, y en sus jardines, y en sus huertos, y en sus diversas lenguas, y en sus tradiciones locales. En todo eso pienso [...]; todo eso junto constituye un ser moral vivo que se llama España, y que es lo que existe y por lo que se lucha»⁴.

LA TRADICIÓN

«ME ARGUMENTAN diciendo que la política que yo represento es una política antiespañola y antitradicional. Se sorprenderán algunos si dijese que soy el español más tradicionalista que hay en la Península. Pero esta es una palabra corrompida, deshuesada por el uso que se viene haciendo de ella desde hace un siglo. ¿Es posible que haya algo en la vida moral y espiritual de un país que esté fuera de su tradición? ¿Puede alguien liberarse de su armazón interna, física y moral?

»Somos prisioneros de la tradición; la vida espiritual del hombre está gobernada por la tradición, y cuando parece que la combate, la continúa. Ahora bien, lo que no podemos admitir nosotros es que se identifique España y la tradición española con los harapos de la vida política, caída en la miseria

⁴ Fragmento del discurso en la Universidad de Valencia el 18 de julio de 1937.

y en la hediondez, con los restos de regímenes abolidos, y que, sin embargo han pretendido hacerse pasar por la más genuina representación del alma española»⁵.

Un aspecto muy interesante del arte literario de Azaña es su paisajismo. Un paisajismo muy dentro de la tradición descriptiva española, y concretando más, a lo que podría llamarse la «escuela del 14», que incluye, como sabemos, a Ramón Pérez de Ayala, a Ortega y a Gabriel Miró. Quizá cada generación tiene una forma literaria de enfrentarse con sus paisajes, y así las descripciones azañistas se encuadran en unas normas descriptivas muy de esa generación. Alguien, al expresar Azaña su preferencia por el paisaje de llanura, le dijo que era el paisaje que más gustaba a los oradores. Fue cuando anotó en su diario: «Entonces tuve yo el primer atisbo que mi primera vocación podría ser muy bien la elocuencia».

ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS

«¿QUIÉN ERA AZAÑA? ¿Cómo era?», se preguntó en 1946 uno de sus amigos y colaboradores. Desconocido para la mayoría de los españoles, apareció en 1931 como una de las más valiosas personalidades de su generación. Para unos se trataba del esperado «cirujano de hierro», sin embargo, fue enemigo de la violencia y sobre todo de la venganza. Público entre los intelectuales y misterioso entre y para la clase política, fue visto por unos como el hombre salvador del momento y por otros como

⁵ Del discurso pronunciado en la asamblea de Acción Republicana el 28 de marzo de 1932.

el demolidor de la España tradicional. Fue siempre visto y juzgado pasionalmente, no con la tranquilidad de espíritu tan necesaria para apreciar las conductas y las personalidades. Y hasta tal punto que podríamos clasificar a los españoles de 1931 en dos grupos antagónicos: los que le vieron como la encarnación de la nueva España naciente y los que le consideraban una especie de monstruo devorador de cuerpos y almas. De este modo, resultó ser un enigma para todos. De derechas, para los izquierdistas radicales y de una extrema radicalidad para la España clerical y reaccionaria. Como un revolucionario jacobino o como un burgués temeroso de los movimientos sociales y de las masas. Lo cual no puede menos de resultar paradójico (y seguimos al profesor Juan Marichal, su primer y mejor biógrafo intelectual) cuando se trata del hombre público español que más claves ha ofrecido sobre su actuación política y su propia personalidad. «Uno de los rasgos más originales de Azaña fue, precisamente, el cultivo de lo que podría denominarse el aparte autobiográfico: en medio de una conferencia, de una entrevista de prensa, Azaña suele intercalar una referencia de algún aspecto de su biografía intelectual». (Marichal).

Claro está que se trata de una figura harto compleja, de un personaje nada común en la fauna política española.

Cuando en 1931 se proclama la Segunda República española, la generación de Azaña vio cumplido su sueño de «la gobernación intelectual de España». Intelectual en el sentido de estar regida por la inteligencia, no por los intelectuales. En aquellas Cortes Constituyentes, con Azaña como símbolo, estaban congregadas las mejores cabezas del país.

Cuando en 1933, el periodista americano John Gunther, entrevista a Azaña y le pide una definición de su persona, la

respuesta no puede ser más precisa: «Soy un intelectual, un liberal y un burgués».

A ningún político del momento se le habría ocurrido semejante cosa. Llamarse «burgués» en aquellos momentos era declararse hombre muerto; llamarse «liberal» sonaba entonces a algo antiguo, y declararse intelectual con orgullo nunca fue un gesto prudente en un político profesional. A esto habría que añadir su españolismo, es decir, un español intelectual, liberal y burgués.

Cuando le pregunta por su interés en la obra *La Biblia en España*, del viajero inglés George Borrow, traducida por Azaña pocos años antes, contesta: «Buscaba siempre libros que hablaran de España», y respondía a su deseo de conocer la España del siglo XIX.

Nunca negó su españolismo. En 1932 afirmó que era «el español más tradicionalista», y quizá por eso, el abogado socialista Luis Jiménez Asúa le llamó «paradigma de hispanidad». Todo esto revela, aparte de su sentimiento patriótico, el estilo propio de un político español.

Porque Azaña no podía disociar su personalidad íntima de su función pública, y, según Marichal, «en ese españolísimo afán por personalizar la política está la originalidad más profunda de Azaña, su singularidad histórica dentro del liberalismo europeo».

ESTA EDICIÓN

LOS VIAJES POR ESPAÑA que aquí recogemos, y que su autor incluyó bajo el título general de *Diarios íntimos y Cuaderni-*

llos de apuntes, valiosísima fuente documental, permanecieron inéditos hasta la aparición de sus *Obras completas*: un amigo de don Manuel Azaña (que quiso reservar su anonimato) conservaba ocultos en lugar seguro del continente europeo los textos aquí recogidos y, al conocer la existencia de sus obras completas, hizo llegar a la viuda de Azaña esos diarios íntimos y cuadernillos de apuntes para su inclusión.

Notas de París, de 1912. Aparecieron en *La Correspondencia de España* del 16 de enero al 14 de julio. Son una mezcla de entusiasmo y dolor, al comparar la dulce Francia con la amarga España. «Cuanto hay aquí, bajo esta nave de cristal, es trabajo, riqueza, amor al campo y a sus dones; cuanto hay aquí nos habla de un esfuerzo inteligente, libre y bien recompensado. Es la obra de una raza que idolatra su terruño, porque de él mana su bienestar y en él ha puesto la base más honda de su democracia... Para los que hemos nacido en la tierra hosca, víctima del cielo azul, madre de la triste incuria; para los hijos de la tierra esclava, el contraste no puede pasar inadvertido, en las cuatro quintas partes de España, tierra quiere decir pobreza, soledad, esclavitud, desamparo. ¿Cuándo será prenda de paz, manantial de bienes, garantía de la igualdad futura? ¡Échense ustedes a pensar!».

Herederos de las lamentaciones de los reformistas españoles, desde Jovellanos a Costa, se trata de la continuación del llanto por el descuido y el atraso de España. Pero Azaña no se contenta con los lamentos y busca los factores humanos que han hecho posible la amable realidad francesa. Descubre así la riqueza de su vida colectiva, que hace que sus mejores hombres se sientan atraídos a la política; descubre que el político francés se ve muy ligado al destino de su país, lo que ofrece ejemplos muy útiles a los políticos españoles.

El español, el político español, y Azaña por lo tanto, se siente atado en una ausencia de vida colectiva que impide todo desarrollo a la personalidad individual. Carece la sociedad española, al contrario que la francesa, de cohesión y de disciplina, elementos necesarios para que toda inteligencia se desarrolle y fructifique en bienes colectivos. «Para nosotros, españoles del siglo XX, hombres picarillos “a quien no se la da nadie”, es difícil de entender el cariño, el respeto o el furor que el pueblo francés guarda para ciertos nombres o ciertas instituciones. Los benéficos resultados de una intensa vida colectiva lo mismo se advierte en la política que en la literatura». (*La Correspondencia de España*, «Las letras: su templo y su culto», 29-I-1912).

De ahí que el Azaña político intentara hacer coincidir su porvenir personal con el porvenir de España y de los españoles. «De las diferentes vocaciones que pueden ofrecerse en la vida, yo preferiría siempre aquella que más en derechura me llevase a ser con plenitud hombre de mi tiempo, es decir, a incorporar a mi vida personal todos los problemas que agitan el medio social en que me muevo [...]. Si la romería pasa por el llano, prefiero ir en la romería a epilogar sobre ella desde un otero; prefiero ir en la procesión a repicar en la torre [...]. La confluencia de la vida intelectual, puramente interior, con la vida social y exterior, hecha entre todos, es el torbellino donde uno quisiera estar siempre, como en el foco donde se condensan todas las actividades», escribió en 1920.

El resto de los textos pertenecen a diferentes obras, cuya procedencia se hace constar al final de los textos.

JOSÉ ESTEBAN

Tierras de España

ESPAÑA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL PRADO, 11. — ASESORADO DE CORRESPONDIENTES: MADRID Y PROVINCIAS, UN MESERO; 5 PÉREZ: UN AÑO, 1.500 PÉREZ: ESTRANJERO, UN AÑO, 30 PÉREZ

MADRID, 8 NOVIEMBRE 1917 **SEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL. Núm. 20 céntos.**

1 — Si no me sale ningún Judo, voy canchón del sol...

2 — ¿as los habes, y desahogado por unas carteras, se cacañó el cetero...

3 — y fueron a celebrarlo con los enemigos de la patria...

4 — ¿ el pobre pueblo, ¿vindo de toda Ibiolón, lloró sobre su última experiencia...

«[...] **N**ADIE TIENE en las venas un españolismo tan profundo, tan puro y tan ardiente como yo; nadie siente palpitar en su corazón los ecos de la historia de nuestro país con la vehemencia, con la profundidad, con la pasión personal que yo lo siento cada vez que me asomo a los monumentos y creaciones de nuestros antepasados, ante los cuales siento palpitar mi espíritu en comunicación con todos los que nos han precedido en este inmenso solar español, maltratado, esquilma-
do y deshonrado por sus malos pastores, dilecto a nuestro corazón y reserva de nuestra sangre».

(Discurso pronunciado el 17 de julio de 1931
en Acción Republicana)

«RECONOZCO QUE LA PRESENCIA real de España en mi ánimo ha influido de muy diversas maneras: a veces freno; a veces, motor. Es sin duda la entidad más cuantiosa de mi vida moral, capítulo predominante en mi educación estética, ilación con el pasado, proyección sobre el futuro. [...] Me siento vivir en ella, expresado por ella, y si puedo decirlo así, indiviso. No soy indulgente con sus defectos (tampoco con los míos): con su locura, su violencia, su desidia, su atraso, su envidia. Pero no son razón de volverle la espalda y despegarse, ni de subirse al trípode de hombre superior. Al contrario: su destino trágico me avasalla [...] Siempre me ha parecido que la conducta de España debía depender de la inteligencia, que no quiere decir de los intelectuales. Cuando el azar, el destino o lo que fuere me llevó a la política activa, he procurado razonar y convencer. Ningún político español de estos tiempos ha razonado y demostrado tanto como yo, parezcan bien mis tesis o parezcan mal. Querer dirigir el país, en la parte que me tocase, con estos dos instrumentos: razones y votos [...] Cuando yo hablaba de paz, de libertad, de independencia del espíritu, etcétera, etcétera, no recitaba textos librescos ni mociones de congresos políticos u otros, sino la traducción política de observaciones españolas que tenían expresión plástica inmediata en la vida cotidiana de mi país. Todas impregnadas de olores y sabores terrícolas, lo mismo del Madrid vecindario de mis andanzas juveniles, venido a mayor edad, que de la ciudad embalsamada en el sudario de historias podridas, que del pueblecito pastor o de la calma fría de la Morcuera. Esta presencia real, nunca promulgada, subsiste con su doble acción de freno y motor [...].»

(*Cuaderno de La Pobleta*,
17 de junio de 1937)

Madrid

MADRID NO ME INSPIRA una afición violenta. Si el amor propio de los madrileños no se irrita, añadiré que Madrid me parece incómodo, desapacible y, en la mayor parte de sus lugares, chabacano y feo. Es un poblachón mal construido, en el que se esboza una gran capital. Se apelmaza en unas costanillas, en unos derrumbaderos, en lo alto de unas colinas (yeso de Vallecas, guijarros puntiagudos, sol de justicia) y no se atreve a esparcirse, a salir de sí mismo. Su gran Coso (Prado-Castellana) es como una plaza de pueblo a la que baja Madrid a verse, a contemplarse; no le sirve para ir a parte alguna; la Avenida de la Libertad (así la llamaron unos concejales republicanos) desemboca, igual que otras avenidas madrileñas, en un rastrojo. Más de un millón de cuerpos sudorosos se estruja en la angostura de estas calles, grita y se atropella, como infelices bestezuelas que se hubiesen dejado coger en una jaula sin salida. En Madrid lo único es el sol. La luz implacable descubre toda lacra y miseria, se abate

sobre las cosas con tal furia que las incendia, las funde, las aniquila. Por el sol es Madrid una población para Jueves Santo o día del Corpus: suspensión del tráfico, tiendas cerradas, formaciones, pausados desfiles... (y en las casas, quitadas ya las esteras, está el comedor en fresca penumbra, con las maderas entornadas, hasta que las niñas vuelvan de la Castellana). Madrid no me parece alegre, sino estruendoso. Madrid cambia menos de lo que se piensa. Cierra los ojos, lector: ¿qué ves al acordarte de la villa? La mole blanca de Palacio y unas torres y cúpulas bajas perfilándose en el azul, sobre las barrancadas amarillas que bajan al río y dominan el Paseo de los Melancólicos.

Basta lo dicho para saber que no soy madrileñista. El madrileñismo es necedad importada de la periferia. Hace años, un catalán que vendía adoquines al Ayuntamiento, quiso ser concejal, y en sus carteles electorales se tituló madrileñista. Idea de empresario, después la han hecho suya algunas casas de juego. Sin que el madrileñismo me ciegue, conozco que Madrid solicita al desocupado paseante con alicientes muy gustosos. Primero, en Madrid no hay nada que hacer, ni adónde ir, ni (para un madrileño) nada que ver. Segundo, Madrid es un pueblo sin historia. Una «vieja ciudad» histórica empieza por infundirme un recelo provisional que se torna en alejamiento definitivo en cuanto la historia que revela es, como acontece, apesosa de estupidez. En Madrid nunca ha pasado nada, porque hace más de dos siglos que en España no ocurre casi nada, y lo poco que ha ocurrido ha sido en otros sitios. Toda la historia de Madrid son unos besamanos y unas intrigas de cámara y alcoba regias. Con las *Memorias* de Mesonero, la *Estafeta de Palacio*, y una colec-

ción de *Crímenes célebres*, se conocen todas las fuentes de emoción de los madrileños durante siglo y medio. Entre Madrid y una ciudad histórica, hay la misma diferencia de calidad que entre la *Piazza* San Marcos y la calle Ancha de San Bernardo. Reconozco que el no ser Madrid una «vieja ciudad prócer» es acaso el más elegante atractivo que para mí tiene este pueblo.

Como en él he de pasar la vida, quisiera verlo acomodado del todo a la honesta moderación de mis gustos. Yo no voy al teatro. Desde que los gorilas escriben comedias para los analfabetos, asistir a un teatro es acción vergonzosa de que se abstienen las personas pulcras. No voy tampoco a las tertulias, donde la amistad es rara y la camaradería irrespetuosa. No cuento en la tribu de los melómanos ni en la de los taurófilos, y ahora, por higiene corporal y mental, me abstengo de aquellas frecuentaciones a las que mi lozana juventud debió las más violentas efusiones sensuales, entreveradas de sentimentalismo exasperado. (Aludo al pasmo y arrobamiento que de mozo me producían las funciones de iglesia). Las horas que no duermo ni leo, o me resigno al fastidio de mi hospedaje, si hace mal tiempo, o paseo solo por las calles y los alrededores de este Madrid, de día en invierno, de noche casi siempre en verano. Debo a tan inofensivo gusto una rara erudición en personas y cosas madrileñas. Conozco a todo Madrid, por lo menos al todo Madrid que sale a la calle; sé sus costumbres y la mayor parte de su historia. ¡A cuántos millares de personas que ni sospechan mi existencia pudieran yo contarles episodios secretos de la suya y demostrarles que nada hay oculto para la mirada del que callejea! Pero a un paseante le importa sobre todo la disposición y aspecto de

las calles. El reposo de la mirada y la comodidad de los pies labran la serenidad del espíritu que devanea, y permiten caminar con descuido apacible. Madrid necesita enmendarse y mejorarse para que mi único deporte me haga sufrir menos.

La condición irritable de los madrileños, así del señorito álalo como del menestral razonador y sentencioso, es manifiesta. Pero yo no atribuyo ese mal humor a un defecto de la raza, sino al empedrado. Si el Hijo del Hombre no tuvo donde reposar la cabeza, el hijo de Madrid no tiene donde posar los pies sin que le duelan. Andar veinte metros fuera de casa cuesta veinte tropezones y veinte mil reniegos y juramentos que poco a poco le agrian a uno el humor. Luego si el pavimento fuese más elástico, los cortesanos tendrían mejores modales. Pero aún nos amarga más la vida el contemplar las casas y los monumentos que a cada instante nos salen al paso. Mi existencia callejera ha transcurrido entre la aparición de las primeras fachadas «modernistas» en la calle Mayor, y la terminación de la Casa de Correos, con la apertura de la Gran Vía a manera de episodio, infortunada época de perverso gusto, que conoce los albores del modernismo y concluye, por hoy, con el triunfo del «estilo español del siglo XVII». Corresponde a la época que en lo grotesco teatral empieza al aparecer la cupletista francesa en los tablados de Actualidades y del Alhambra, y acaba en la entronización de la Maja castiza de Goya, artículo exportable, en el que ya no somos tributarios del extranjero. Esa «reintegración del gusto nacional en lo decorativo» corresponde, por otro lado, a un movimiento de ideas que va desde la desolada abjuración de lo español hace veinte años a la xenofobia y patriotería incubadas por la guerra.

Al atravesar por esas calles, el paseante se aflige. Tantos pináculos, columnillas y voladizos, tantas líneas rotas, tantos insultos a la leyes de la proporción, tamaña arbitrariedad, tal violencia, mantienen el ánimo en susto perpetuo y nos hacen saludar con alegría cualquier caserón trivial de la calle del Sacramento, que al menos no pretende torturar nuestro gusto sometiéndolo a un canon indemostrable. Madrid, en vías de transformarse, es la capital del abandono, de la improvisación, de la incongruencia; el paseante sería feliz si viese los comienzos de una era de moderación, en que el sentido crítico, por recobrar su imperio, refrenase los ímpetus del genio frustrado y la audacia de los falsificadores, a caza de ricos nuevos.



MADRID ESTÁ SIN HACER porque lo hemos pensado poco. Madrid crece en libertad, como la zarza al borde del camino. Si pensásemos más en él, Madrid sería una proyección de nuestro espíritu; a fuerza de explicarnos Madrid unos y otros, acabaríamos por crearlo. Lo contrario sucede hoy; cuantos aceptan el Madrid carreteril y polvoriento que la espontaneidad desenfrenada va formando y pretenden extraer de la pobreza triste de lo pintoresco madrileño un valor duradero, se encierran, con abnegación poco envidiable, en una perspectiva no más amplia que el horizonte de la calle de Tudescos y llevan a su espíritu por todo fomento un puñado de broza municipal. El apetito de una mente activa es sobreponerse al medio que la

rodea y transformarlo adaptándolo a su forma. Mi ambición, es claro, no llega a tanto: la indolencia me retiene, y el alma de déspota constructor que llevo dentro, dormita. Pero si yo pudiese derribar Madrid (sin exceptuar la fachada del Hospicio, ¡qué diablo!) y, cediendo al insinuante Tentador, me comprometiese a reedificarlo en tres días, no iba a formarlo a imagen y semejanza de un concejal. Sin ofensa de nadie, el alma de un concejal es el último arquetipo a que uno quisiera acudir. La mente crea, por decirlo así, la realidad, y el concejal es un ser increado que se inserta en ella sin que nadie le llame y, por añadidura, la administra.

Años hace hablaba yo con un edil no del todo mal intencionado. Le conocí de vista mucho tiempo antes de su advenimiento a la concejalía: corpacho musculoso, poca alzada, bigotes foscos y mofletes colorados. Vestido con una blusilla a rayas azules, y liado a la cintura un mandil verde, cruzaba a diario mi calle a la misma hora de vuelta del matadero. Acompañábale un camarada y llevaba al hombro unos dornajos, llenos, al parecer, de las sustancias innombrables de que hacían provisión para su casquería. Avanzaban con andar solemne, echando a compás los remos protegidos por gruesos zapatones, y departían en un castellano cazcarrioso, difícil de reconocer bajo aquella prosodia de la periferia. Pasado algún tiempo, le vi una noche en el palco municipal del Español; más gordo, con piedras preciosas en los dedos, raya hasta el cogote y mostachos corniveletos, mal domados por las tenacillas. Era cacique electorero, miembro de no sé qué partido histórico y primera vara del municipio. Pasaba por ser un tipo madrileñísimo y él se lo creía. Ante todo, estaba por Goya, y con ferocidad de hiena pugnaba por desenterrar el cuerpo del

pintor para llevarlo a la margen del río, donde, a su parecer, se pudriría más a gusto, arrullándole el sueño los pianos de la Bombilla. Era entusiasta de la banda municipal, cuando aún nos la envidiaba el extranjero, y todos los veranos, durante la época de su mando, organizaba por Santiago un desfile de la «histórica guardia amarilla», tropel de bigardos que daba escolta a una procesión de barrio, ofreciéndonos un trasunto emocionante de nuestras vetustas glorias. En cuanto me aventuré a decirle que las verbenas son fiestas horrendas, tan faltas de amenidad como sobradas de aceite frito, se enfadó y me echó el fallo llamándome intelectual, con lo que me di por muerto de su aprecio. A pesar de este fracaso, podría rehacerse Madrid metiendo en el cerebro de sus cachicanes lo que otros han pensado. Ninguna imposibilidad racional se opone a ello. Si el filósofo animaba una estatua acercándole una rosa a la nariz, podría probarse a poner un entendimiento concejil al alcance de una idea; por mucho que digan acaso le hiciera tanto efecto como al bloque de mármol la fragancia de la flor. La dificultad nace del número. Tan enteco y desmedrado está Madrid que no es capaz de asimilarse el aluvión irrestañable de seres «primarios» que de todos los ambientes de la Península vienen sobre él y le pasa por encima. «Todos los días entra un tonto por la Puerta de San Vicente», se decía antaño, el cómputo, establecido acaso por un timador, me parecía fraudulento, pero aún siendo exacto, Madrid no tiene solera bastante para ennoblecer al tonto que viene por la Puerta de San Vicente ni a los que entran por las otras puertas. Madrid no es un hogar prestigioso. Es un parador. O si se quiere, un campamento donde las generaciones se suceden como caravanas, y cada una encuentra, por todo legado de las

precedentes, los tres cantos ahumados en que se pone a hervir el puchero.

Si no existe una idea de Madrid es que la villa ha sido corte y no capital. La función propia de la capital consiste en elaborar una cultura radiante. Madrid no lo hace. Es una capital frustrada como la idea política a que debe su rango. La destinaron a ciudad federal de las Españas, y en lugar de presidir la integración de un imperio no hizo sino registrar hundimientos de escuadras y pérdidas de reinos. No conoció los tiempos de esplendor. Carecía de fuerza propia, al revés de aquellas repúblicas de mercaderes que arribaban a la cultura superior ahítas de riqueza. No tuvo tampoco un tirano de gran estilo, de esos que sacian su amor a la gloria levantando monumentos. Iba a ser emporio de dos mundos y quedó reducido a sede de una dinastía de locos, albergue de millares de frailes, donde pululaban unos burgueses famélicos a quienes se permitía vivir en casuchas inmundas emparedadas entre los conventos y los palacios de la grandeza. El pueblo siempre ha estado ausente de la historia de Madrid, salvo para gritar de hambre; y salvo también aquel día, madrileño como ninguno, en que se sublevó al saber que le raptaban un infante que por casualidad era imbécil. Madrid, macerado por la pobreza y aislado del mundo, no ha conocido más gloria ni diversión que las pompas regias. Tres siglos se ha pasado comentando los saraos palatinos, los bailes de la grandeza y los entierros, corridas y bodas reales. Madrid, extasiado ante las carrozas de los reyes, admiraba el esplendor luiscatorceño de los arneses, con orgullo apenas velado por una sonrisa de superioridad benévola, como si alabase con ligereza elegante blasones propios. Y ahora que la corte se pierde cada

vez más en la barahúnda de la villa en auge, nos cuesta trabajo captar la admiración y el respeto de las tribus alcarreñas.

Pero el caso es que España necesita un Madrid. Partiendo de una idea de España, Madrid se obtiene por pura deducción. Como designio, Madrid participa de la perennidad de una idea que tal vez nunca se realice.



MADRID, EMBARULLADO y sin norte en lo material, a merced de la improvisación en el ordenamiento exterior de su vida, no está menos indeciso al borde de las rutas del espíritu. Su cuerpo aumenta (¿eso es crecer?) con todo lo que viniendo de otras partes aquí se aglomera; pero aún no se le ve con vigor propio sobrado para echar en el suelo raíces tan profundas que no se puedan arrancar. No procede de dentro a fuera; toma lo que le dan; engulle, pero no asimila ni depura. Toda novedad superficial es posible y se le abre un crédito proporcionado a su insolencia advenediza. La mente de Madrid se despierta ahora del sopor infantil, y su curiosidad, que empieza a irritarse, se esparce en devaneos. Madrid recobra su sangre, y goza sintiéndose vivo, como el que, maltrecho y todo, se escapa de un trance de muerte. Si la villa se remoja se alegrarán los nietos de mis amigos; de aquí a cincuenta años, nacer o vivir en Madrid puede que sea nacer o vivir en alguna parte. Sin coherencia ni densidad, al Madrid de hoy le falta el galardón de la madurez inteligente. Ni gusto ni estilo.

En las promesas actuales de renacimiento madrileño abundan las pruebas de nuestra buena voluntad. Madrid revive sin memoria, y acaso hagamos otra capital y otra España sin visible soldadura con los valores esquilados. Como es hoy un islote adyacente a un mundo en el que apenas participa, Madrid, para advenir a centro director, quisiera empezar a enterarse y a no quedar siempre mal. Pero le falta el archivo de la experiencia, y anda sin tino ni contraste, dando tumbos entre la ingenuidad y el recelo. Tan pronto se pasa como no llega, y le ocurre lo que al paleta desconfiadillo y crédulo, que siendo el hombre más prevenido contra los timos, apenas pasa día sin que se deje timar. Nótese el respeto y veneración con que Madrid oye el «argumento de cultura», aunque consista por lo común en simple expresión verbal. Solo el argumento patriótico le aventaja, y cuando luchan, que no es raro, el patriotismo vence. Esa es la delantera que les llevamos a los pueblos semibárbaros, donde la idea de cultura tiene tanta fuerza que sirve para arrancarles en su nombre la independencia. La cultura en Madrid se emplea para todo: para rogar que no se escupa o lanzar una empresa industrial, o cohonestar la pedantería, o defender un arte pedestre, o proscribir la jovialidad del humor. Es broquel imperforable que sirve, cuando menos, para detener el primer golpe. Luego cada cual, puesta la ropa en salvo, nada como puede. ¡Y qué de negocios hemos visto, que en otras partes se contentarían con la etiqueta de su utilidad, autorizarse en Madrid ante los pazguatos con las ínfulas de la cultura! Eso comprueba el vigor del resorte, y le da a Madrid cierto viso de pueblo colonial. Pero el simple respeto exterior y afectado es, si se compara tiempos con tiempos, una adquisición formidable, y

lo mejor sería cultivarlo hasta que cale y deje de ser el cober-
tor de un desdén profundo que ya no se atreve a ser cínico.
En rigor, la mente de Madrid no es aún bastante afilada para
escindir y disecar las especies intelectuales, ni las especies
intelectuales mismas son aquí tan robustas y varias que pue-
dan ni necesiten combatir entre sí para que las mejores sobre-
vivan. Esto es lo que explica y disculpa la buena voluntad
con que Madrid se amolda a las conclusiones provisionales
de los aprendices. En Madrid, el triunfo es de los que empie-
zan. Es que no hay crítica, me dicen. Ciertamente; o más bien la
crítica es proporcionada al vigor de las obras que se produ-
cen. Un caletre bien formado y amueblado, puesto a tasar lo
que hay aquí con un criterio valedero para más de seis meses,
no tardaría en granjear fama de caníbal. O por lo menos tendr-
ría que degollar a muchos inocentes, cuando lo mejor es qui-
zá dejar que sigan viviendo a crédito hasta que sus esperan-
zas y las nuestras acaben por fructificar o se marchiten solas.
Todo hombre que se parapeta detrás de unas gafas y se recal-
za el sobaco con un cartapacio henchido de papelotes, y calla,
abrumado por la gravedad de sus descubrimientos de princi-
piante, me parece respetable, y estoy pronto a seguirle una
vez y otra hasta los bordes de los mediterráneos que invente.
Así hace, por lo común, Madrid, que no se acuerda de nada,
y retorna sin cesar a la experiencia fatigosa de un aprendiza-
je interminable. Madrid descubre cada lustro, incluso cada
año, el amor, la ambición, la santidad, el poderío, y se acoge
gustoso, sin otra espera, al doctrinal obligatorio que el cora-
zón joven promulga. Cada lección de la vida le duele como
un chasco pesado. Si sus gafas no tardan en averiguar que no
hay cerros en Úbeda; que las lechuzas son blancas; que las

nieblas llegan puntuales al empezar brumario (después de todo, este no es un país tan mal gobernado), Madrid, incapaz de humorismo, se llama a engaño. Les vuelve la espalda, y los maestros abandonados gastan la maestría en probar que sus móviles aventajan en pureza a los apetitos de los predecesores que fracasaron. Pero Madrid no aprende. Su experiencia es discontinua. Lo repone todo en el punto de partida. Y habiendo oído preguntar tantas veces con voz trémula

por qué están las dos osas
de bañarse en el mar siempre medrosas,

no se le ha ocurrido, para poner a prueba la calidad del lirismo, mandar a la escuela a los preguntantes, no sea que se trate de simple ignorancia de la astronomía. Pero ese sería el Madrid docto y avisado que está por nacer.



MADRID, SIN SER todavía el reino de Dios, es ya el edén de los mendigos. Madrid incuba pordioseros, acoge a los de fuera, los protege, los retiene. Circular por Madrid es hender masas de miserables —ciegos, tullidos, pustulosos— que acosan, o gimen, o cantan, o blasfeman, o insultan, o profieren amarguísimas sentencias sobre el valor de la vida y de los bienes de este mundo. El paseante, si no mendiga, parece un intruso en ese vasto coto de la hermandad de la roña; los dueños son los pobres, y en cuanto llegado el estío se marchan de

Madrid las dos docenas de familias a quienes su fabulosa fortuna les permite no vivir de limosna, la capital queda por suya. Madrid es un asilo suelto.

Sería un exceso decir que envidia a los pordioseros; pero los admiro, como a gente capaz de adaptarse, sin vacilación, al género de vida más acorde con el ambiente. En Madrid, donde todo está prohibido, cada cual hace lo que le antoja. Recontar las vejaciones a que uno vive sujeto, desde la Constitución del Estado hasta el minúsculo deber de conservar los billetes del tranvía, pasando por los mandamientos de la Santa Madre Iglesia y el reglamento de la Sociedad Filarmónica, es operación penosa y aflictiva. Un madrileño observante viviría emparedado entre ordenanzas. Pero Madrid es incoercible: el buen madrileño «se mata con su padre» para mantener su prestigio personal, fundado, como se sabe (reminiscencias del fuero de hidalguía), en el privilegio de hacer alguna cosa que al común de los mortales se le prohíbe. La cualidad de madrileño se adquiere poco a poco, a medida que se aprende a quebrantar con desenvoltura normas que solo acatan las gentes sin importancia. La vida en Madrid es un compromiso, renovado a cada minuto entre arbitrariedades individuales. Los mendigos perfeccionan el sistema. Quienes, saltando sobre los falsos respetos humanos, profesan la mendicidad, abrazan una vida libérrima, sin Dios, sin Estado, sin Trabajo, vida anterior al pacto social, y se mueven con holgura entre dos infinitos de arbitrariedad: la limosna y la policía.

Los pobres de pedir cuentan en la villa con el apoyo de la opinión pública. Ante todo por la secreta admiración de quienes no se atreven a mendigar y quisieran una libertad igual para su orgullo. El público protege a los pobres contra la auto-

ridad cuando de tarde en tarde pretende darles caza para encerrarles en un asilo. El público (y no hay que decir los pobres que se defienden a mordiscos) acierta. Se sigue la angosta senda de la mendiguez por conservar el albedrío, prefiriendo a la pitanza la libertad. Encerrar a los pobres es malear la profesión. Si algún estadista inteligente, abundando en la manía de ordenarlo todo, hiciera de la pordiosería un organismo oficial, con su cuerpo de aspirantes, ingreso por oposición, escala cerrada, jubilaciones y derecho a usar uniforme, nadie querría, en términos tales, ser mendigo. Después, los madrileños amparan y respetan a los pordioseros por motivos de religión. Los pobres son de Dios. Un pobre es el arquetipo del cristiano. Veinte siglos de cristianismo son aún más fuertes que veinte siglos de literatura, y aun en el incrédulo la vista de un pobre remueve, no sé sabe por qué, confusos remordimientos y favor, reliquia de emociones fenecidas. Perseguir a los pobres les parece una impiedad tan grande como quemar a los muertos.

Los pobres se reparten el imperio de las calles e imprimen sobre el rostro de Madrid sus dedazos mugrientos. Hay pobres de puesto fijo, que Madrid está habituado a ver como partes integrantes de los inmuebles junto a los cuales posan; si un día los quitasen, el madrileño no se encontraría a gusto en sus calles, le faltaría algo, como si la fuente de la Cibelles desapareciera por ensalmo. Sirven para computar el paso rápido del tiempo, y uno se da cuenta de la brevedad de la vida al observar cómo engorda y encanece la ciega del jardín de Riera, y cómo se le apaga la voz al tullido de San Luis y cómo, en general, se estragan y arruinan los más recios ejemplares de la cofradía. Un puesto de pedir limosna, con su zona de influencia bien definida y su parroquia fija, es uno de los

negocios más pingües a que pueden aspirar los jóvenes talentos sin empleo; y las familias que por ventura poseen algún monstruo y consiguen un lugar céntrico para exhibirlo, ya no tienen que preocuparse del mañana. Menos importantes son los pobres que no están fijos, sino sometidos a un movimiento de traslación rigurosamente medido, como el de los astros; pasan por los mismos sitios a las mismas horas: la ciega gorda y sentimental, que aún no ha concluido de cantar al son de su guitarra el vals que empezó hace veinte años; el ciego de la ocarina; el empresario de teatros arruinado (según proclama el cartel que lleva al pecho): ese otro ciego misterioso que recorre solito todo Madrid sin más que imprimir al brazo derecho un giro natatorio; el chicuelo que clava en el cráneo de sus clientes un horrible cantar, a grito herido (voz impostada en el entrecejo), mientras su acompañante, mocososa soñolienta, pasa el platillo de latón (¿hay algo para el pobre ciego...?) y se restriega los párpados; tales son los más notorios de esta categoría. Debajo pululan las tropas ligeras de la hermandad, que libran batalla a toda hora y en cualquier terreno, saquean al liberal y asedian al escaso, se despliegan entre dos esquinas, se encuentran sobre un café, envuelven a las familias dadivosas, cortan la retirada al transeúnte esquivo. Son tantos y enseñan tales miserias, que algunos días Madrid parece una ciudad atacada de la peste. Los muñones, las llagas, las cicatrices, por muy horrendas que sean, no pueden esconderse: son el orgullo y la mejor arma de los pobres. Hay que resignarse a verlos, como nos resignamos a ver los caballos destripados en la plaza para que haya fiesta.

No a todos les repugna la miseria astrosa. Hay quien come y bebe en la terraza de un café, conversando amigablemente

con un mendigo que, en pie a su lado, paga con chuscadas su limosna. La buena armonía en que viven ciertos pobres con los señoritos madrileños es un espectáculo único en el mundo. En los cafés de moda donde se reúne la gente aficionada a exhibir sus módicos placeres, circulan los mendigos por entre las mesas, se mezclan en la conversación de la clientela, conocen algunos de sus enredillos, les sirven de correveidiles, hablan el mismo lenguaje y, en el fondo, tienen las mismas aspiraciones e ideas. En la otra punta de la escala, el señorito es también un caso de adaptación cabal al ambiente. En Madrid, para no chocar, hay que ser mendigo o señorito, y de hecho, un señorito suele ser un pordiosero en vías de hacerse.

La mendicidad presta a la vida de Madrid un tono patético que por otros lados no tiene. El hecho trivial de rehusar un periódico se complica con emociones penosas cuando una voz lastimera nos dice que es «para ayuda de un panecillo» o «para dar de comer a estos niños»; al salir del café, en las noches de invierno, se tropieza con turbas de chicuelos desnudos que brincan de frío en el asfalto y hacen chistes a costa de su hambre; y si es verano, «cuando los pobres viven», no falta ninguna noche esa pareja de ciegos que con voces cavernosas canta: «¡Shiquiya, shiquiya...! ¡Shiquiya del armmía...!». Y uno se aflige pensando que la copla, la guitarra, las voces y el imbécil expresionismo de los ciegos despiertan en los oyentes una congoja placentera... En fin, los mendigos están en Madrid para curarnos de vanidades. Ellos, personalmente, no sufren nada; su vida no es menos fecunda en goces que la de cualquier mortal. Hace años andaba todavía por esas calles un mendigo monstruoso, cargado de años y de enfermedades,

en verdad horrible de ver. Se arrimaba a los transeúntes, y recreándose en el asco que producía, rezongaba: «¡Señorito, tengo más hambre que un oso... Estoy más aburrido de la virgen, señorito!». Alguien le aconsejó un día: «Mira, tú ya no puedes vivir mucho; y para lo que haces en el mundo... ¿Por qué no buscas la celebridad? Coge una bomba y tórala en el gallinero del Real...».

—¡La vida es muy amable, señorito! —respondió.



MADRID, APENAS HABITABLE el resto del año, me place en octubre —si la otoñada es benigna y nos regala, tras las tormentas de septiembre, remedo de abril, con días suaves, de luz tranquila, propicios al devaneo ambulativo. Solo en otoño está Madrid en su ser. Mayo florido es un mes cargante, sin más día pintoresco que el día dos, en que los milicianos barruntando a Murat, plantan sus tiendas y emplazan un cañón al pie del Obelisco, y cruzan el fusil ante el peatón asustadizo, diciéndole con voz grave: «¡Atrás, paisano...!». La primavera, cuando la hay, tiene en Madrid demasiada sazón, le sobran sugerencias violentas; sus promesas parecen amenazas. Es desmedida, como la pasión de los que matan por amor. —En primavera, llena el ámbito madrileño la torería—. En verano, ya se sabe que Madrid no existe. Lo devora el sol. Los madrileños emigran o revientan como las chicharras el día mismo de Santiago (cornadas en la capea de Vicálvaro, puñaladas en la corrida de Alcalá); redúcese la vida de los que

permanecen a las funciones vegetativas; triunfa en la calle, a su modo, el pueblo menestral, comilonas nocturnas sobre el asfalto abrasador de las glorietas, tertulias a lo largo de las aceras, música de voz y guitarra a la puerta de la taberna; fuera de eso quedan la miseria triste, las pretensiones abortadas de unos pocos, y los señoritos que a las altas horas pasan en manuela por la calle de Alcalá, de vuelta de las verbenas, haciendo la vida del hombre malo. El otoño devuelve a la villa su equilibrio, y a nuestro ánimo el reposo. En otoño, los madrileños están de mejor humor; su semblante parece menos hostil, menos agresivo su mirar. Acaso el otoño nos exime de una vida estrictamente urbana; Madrid es menos riguroso porque le necesitamos menos. Contados son los días clementes; Madrid traspone el telón brumoso de las Ánimas, y se arroja en el invierno. La urbe nos atenaza de mil modos, los humores se destemplan, se articulan gestos de violencia sin objeto ni fruto. Violencia exacerbada en los modales. Violencia en la expresión de los gustos: hay conciertos que parecen sesiones patrióticas del Congreso. Violencia en las opiniones: el autor de este melodrama es un Sófocles, este grotesco rimador, un Lope de Vega. Llena el ambiente madrileño la poliquería. Madrid fatiga el telégrafo con las vanidades de los tiburones parlamentarios. Llegada la primavera le entregan la antorcha al torero.

El Madrid antiguo me lo imagino siempre con luz de otoño, para el caso, Madrid se abisma en la antigüedad cada ayer; todo lo más, cuando el recuerdo personal se borra. La villa vive al día, no deja rastro apenas, no se defiende contra el tiempo. Nada evoca menos que Madrid. Ha devanado sus siglos en silencio; lleva a cuestas un pasado sin fechas, sin

perspectiva ni relieve. Su luz ha debido ser esta luz de octubre, que pone olvido del mundo y torna amable la vida mientras se toma el sol; pero también parece que la vida misma se apaga cuando la luz se va. Madrid venía a ser un personaje algo desvencijado, con menos años que achaques y más pretensiones que talegas, retirado en sus tierras, divirtiéndose con poco en sus holgorios caseros, sensato hasta aborrecer las aventuras, campechano y servicial, pero mal provisto para visitas de cumplido; en fin «hombre de recato, de los que en mi casa me como, y otras hidalguías celosas, cartujo de alojamiento, atusado de visitas, calvo de amigas». Tenía una solana para los días despejados del invierno, una huerta para explayarse en verano, las noches de más calor se aventuraba a bajar al soto y a una alameda al borde del río.

Madrid, hidalgo perezoso, rural como quien más, vivía de las tierras, suyas o ajenas, y de lo que le daba un pequeño comercio que había puesto a nombre de un pariente pobre traído de provincias. Pero a fuer de señorito, no había visto nunca el campo. Sírvale su fealdad de disculpa. Para hallar algún deleite en la visión de esas calmas, de esos yesares, de esas lomas áridas que asedian a Madrid por las tres cuartas partes de su perímetro, hay que ser algo poeta o un mucho usurero. Los lugares amenos de estos vallecitos carpetanos son del rey: Madrid, para no ahogarse de polvo en los espartales de San Blas o en los altos de Maudes, tenía que meterse en un café o hacer la revolución. Y de hecho, la conquista del Retiro, único «campo» que los madrileños han sabido gozar en medio siglo, quizá es el legado más valioso, sin duda el más durable, de aquella «España con honra» parida por la algarada de septiembre. ¡Y hubo que derribar para eso un tro-

no centenario! ¡Qué no habremos de hacer para adquirir la Casa de Campo!

Desde el Retiro ha vuelto la villa a dirigir una mirada desdenosa a los andurriales de Vallecas, ya de antiguo aborrecidos. En estos años, Madrid ha oído hablar del paisaje castellano; el tema de la meseta y sus hechizos, entronizado por dos o tres buenos poetas, ha degenerado en muletilla de juegos florales; Madrid se ha resistido a tomarlo demasiado en serio. «¿El horizonte castellano?», se dijo. «¡Veámoslo!». Y en el paseo de coches alzó un tabladillo como un mozo travieso que arrima una mesa a la pared y sobre la mesa pone una silla y se encarama a lo alto para asomarse por encima de las tapias del Retiro. «¡Ah! ¿Es esa la conmovedora parada gleba, el sayal franciscano, la tierra madre?», exclamó, cegado por las nubes de polvo que levantaba un regimiento de artillería al avanzar fieramente por el camino viejo de Vicálvaro. Y no ha vuelto más. Al mirador del Retiro se asoman algunas extranjeras curiosas que fundan un sistema de historia española en la desolación del Cerro de la Plata y el provinciano a quien, por tanda, le corresponde oír y «ver» que el Cerro de los Ángeles es, en efecto, el centro de España.

El paseante madrileño, ni poeta ni usurero, egoísta tan solo, propenso a la contemplación, se angustia al trasponer los chopos que bordean los altos del canalillo. Virtud de luz de otoño alumbrando estos collados, es mostrar desnuda su paz lúgubre. Yo no he visto nada más triste que esas cuevas lustrosas, de visos leonados —el estío ha curtido los rastros—, con un asilo, un hospital, un convento de ladrillo flamante, agrio, en lo alto; o que esos arrabales, donde los hoteles alternan con los muladares. Madrid lucha aquí con el desierto, pero con

poco gusto de embellecerse la vida; el desierto lo acoquina. ¿Y si hubiese habido en esta parte bosques tupidos, praderas y fuentes, hoy perdidos? Todo es posible. Al otro lado de Madrid, al pie de la Moncloa, hubo unos jardines de bella traza, deliciosos, que hace años vimos arrancados, y hechos leña los árboles viejísimos, para ensayar en el terreno un cultivo intensivo. Cuéntase que Carlos III defendió durante sus últimos años la vida de un árbol del camino de El Pardo. Y el rey beato y de pocos alcances era, por lo visto, un sentimental, y ya presentía el advenimiento del técnico desalmado que esgrime su eficacia contra la amenidad y la fantasía.



MADRID —lentitud, desbarajuste, trabas inútiles— se compendia en el tranvía. El jaulón con ruedas que arranca a trompicones se enhebra por calles tortuosas y va de atasco en atasco, preñado de broncas, dejando a los clientes frustrados, boquiabiertos, al margen de la vía, es una pieza capital de la armazón madrileña, y si todas las restantes se perdiesen, ella sola bastaría para reconstruir nuestro sistema urbano. El tranvía es espejo de las costumbres —como el teatro—, pero no las corrige, ni mucho menos deleita, misión que le achacábamos al teatro en clase de retórica; antes las recoge, las encauza, propiamente las encarrila para sacarles fríamente el jugo. El tranvía zurce corruptelas dispersas; celestinea entre la tardanza y el mal humor; acopla la suciedad con el despotismo. Todo ello es acarreo de la villa, que, a lo mejor, se espanta

viéndose así condensada en el tranvía. Madrid entonces pretende que el tranvía es una calumnia que le levantan; pero no: nada hay dentro del tranvía que no vaya suelto por esas calles. Hasta el hedor: si en el interior del tranvía hiede a cinematógrafo, eso lo pone el público, el mismo público que en el cinematógrafo hiede a tranvía. Es más que un achaque de la capital. No le diré, pues, a Madrid: «Me duelen nuestros tranvías» (como a algunos les ha dolido la Península ibérica), reeditando otra parodia del *j'ai mal à votre poitrine*, que inventó una *preciosa* memorable. Más propio es encaramarse a la torre de Santa Cruz y gritar desde allí, como almuédano delegado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas: «¡Hermanos, las ciudades tienen los tranvías que se merecen!».

El tranvía es el vehículo perteneciente al esbozo del progreso material que apuntó en Madrid hace veinte años; se entiende el tranvía con trole. Cuando España acabó de perder las colonias, el tranvía empezó a perder las mulas; sucesos correlativos inaugurales de un período histórico. No lo hemos olvidado: hubo renovación espiritual y apetencia súbita de ventajas y adelantos prácticos; descrédito de oradores; auge de inventores, adornados con el prestigio que les usurparon después los pedagogos; constitución oficial de la Generación del 98, con escala cerrada y amortización de las vacantes; disquisiciones doctas acerca de la aptitud política de la raza. Se comprendía que iba a pasar algo. Madrid fue perdiendo la calidad de apacible lugarón manchego: llegaron unas cupletistas francesas; los señoritos se vestían de frac para asistir al primer *music-hall* del Alhambra; de la Puerta del Sol salió una mañana el tranvía eléctrico del barrio de Salamanca: pareció máquina mortífera, innecesaria (¡en Madrid no hay

distancias!), y se la obligó a ir despacio (¡qué más quería ella!) para que los peatones pudieran pasearse tranquilamente, sin mirar para atrás, por entre las vías. Desaparecieron los encuartes: golpe mortal para lo pintoresco madrileño. Las mulas en reata que bajaban al trote la cuesta de Atocha, rebotando los ganchos en los adoquines, con un bigardo caballero en la grupa, ¿qué se hicieron? Y el desconcertado coro de blasfemias, trallazos, voces y patear de cascos herrados, áspera ofrenda de la exasperación de Madrid, ¿no lo echan de menos las hostiles divinidades carpetanas? Así como la introducción de la libertad ahuyentó a los frailes, y la del agua del Lozoya dispersó a los aguadores, el fluido eléctrico acabó con las mulas del tranvía y sus encuartes. Pero, al fin, de la especie fraile y de la especie aguador —ornamento del viejo Madrid, único en las galas— se sabe lo que ha sido: el fraile ha vuelto y los aguadores, soltadas las cubas, se abatieron sobre los ministerios, embajadas, senadurías y otras gangas; los más generosos se pusieron a capitanear movimientos de opinión. En cambio, de las mulas nada se sabe. No es creíble que se hayan extinguido; cierto que los híbridos... Pero también los frailes son híbridos, si no de nacimiento, por vocación y de resultas, y la especie sobrevive, pese a la esterilidad de sus individuos.

Error fue el de amputarle las mulas al tranvía, propio del aturdimiento en que nos sumió el desastre. La nación bebía los vientos por el europeísmo y aceptaba a tontas y a locas cuanto viniese de fuera, sin pararse a meditar si era conforme a nuestras tradiciones y al genio de la raza. El tranvía eléctrico estará muy bien en el extranjero, pero lo que es aquí ha sido un fracaso; la prueba es que no anda. Cada pueblo tiene sus móviles peculiares; es inútil pretender cambiárselos. La mula,

animal español por excelencia, más típicamente española que el toro, es la bestia que mejor cuadra a sus compatriotas racionales, mirados como carga transportable. La mula es áspera, brava, testaruda, personalista; pero esos defectillos no son sino espinas de la bondad e ingenuidad radicales de su carácter. Es sufrida, sobria, recia; levanta los cascos de buen grado, pero en varas o en ganchos, en reata o en bolea, acaba siempre por tirar; solo es variable el número de los palos que necesita. Las mulas se han asociado mil veces a los destinos de la patria; los sucesos capitales de nuestra historia han pasado casi siempre en mula, o se acometieron en mula; desengancharlas del tranvía fue un atentado de lesa espíritu nacional.

Entre los carros de la carne y los carros de los muertos (que son los otros medios de transporte más notables de Madrid), el tranvía sin mulas está haciendo, en mi opinión, triste papel. ¿A qué se debe la grandiosa apariencia del carro de la carne sino a la bien entendida restauración de la reata de mulas, tras un destronamiento fugaz? Las cinco bestias, el carro de gran porte que se bambolea y derrumba de un adoquín a otro, y los cuatro bípedos verdinegros, untados de grasa, con sus blusillas cortas y sus trallas, que con un estentóreo ¡¡Rrr... ooh!! gobiernan el rumbo de las caballerías, forman un cortejo único, inolvidable, enviados por los barrios bajos a las sumidades de la villa a boca de noche, y pasan sonando, tronando, apestando, con bazuqueo y roce de carnes desolladas y batir de los tendales de cuero que sahúman al vecino con el vaho de la sangre. ¡Pavorosa máquina! ¿Es la recogida de los muertos de una gran batalla, o pasan los relieves del festín de Moloch, o es la comitiva triunfal de una subraza de caníbales que lleva los cuerpos de sus víctimas a algu-

na escondida caverna para devorarlos a placer? Junto a esa visión truculenta, el tranvía, muy fértil de por sí en vejaciones y percances, se nos antoja un poco insulso, una especie de comedia casera para familias burguesas y gentes de buen conformar. Lo mismo si se le compara con el carro de los muertos. Todos juntos previenen las postrimerías del madrileño. El catecismo conoce cuatro postrimerías del hombre natural: las del madrileño no pasan de tres, pero son horrendas, y no hay ninguna que corresponda con la postrimería gloriosa de los justos. Ir en tranvía, o colgado de un gancho en el carro de la carne, o abrigado en un coche estufa de las pompas fúnebres son las tres últimas cosas que pueden sucederle al habitante de Madrid, a poco que propenda a trasladarse. Incluyo lo del carro, porque, sobre no estar muy cierto de la condición que sus clientes gozaban en vida, reliquias de espíritu franciscano me incitan a considerar los cuadrúpedos como hermanos menores y los saludo cuando los veo pasar abiertos en canal, como a convecinos frustrados. De igual modo, veo en los ocupantes temporales del coche fúnebre a nuestros convecinos más sensatos, que optan por ausentarse definitivamente, descontentos y fallidos en su calidad de pasajeros. Se adivina que, resignándose a perder de una vez todo el tiempo que tenían, se han tumbado para hartarse de dormir, diciéndole antes al cochero: «¡Por horas! Un paseo hasta las afueras. Ve despacio. ¡Hace un sol hermoso!». Son los únicos viajeros que están seguros de llegar a su destino. Pero no se dan cuenta del ridículo aparato con que los llevan; de no ser así, poco tardarían en rebelarse. Ni perciben las palabras impías que se pronuncian a su paso. Siendo yo estudiante de leyes, volvía con unos compañeros de no sé qué lección práctica, y como nos cruzá-

semos con un entierro, el docto catedrático que nos acompañaba, dijo:

—¡Mirad, hijos; llevan a enterrar al *de cujus*!

Tampoco se dan cuenta de la loca alegría que respiran los acompañantes del duelo. Quien se para a mirar el desfile de los coches de un entierro sorprende, ventanilla tras ventanilla, en los rostros que no se creen observados, todos los matices de un regocijo animal estúpido; el regocijo de quien acaba de salvarse de un gran peligro. ¡Imaginan que no se han de morir! Y van dulcemente mecidos por el deleite de hacer coro en un suceso aciago que, de momento, los deja indemnes. Pero lo que asombraría verdaderamente a los muertos, si lo viesen, sería el barullo y la prisa con que los enterradores regresan a Madrid, una vez desembarazados de su carga; ponen los caballos al trote; se despejan haciendo un montón con ellas, de las insignias funerarias (bastoncillo de zahorí, como para alumbrar muertos ocultos; peluca de estopa rucia y sombrero bicorne): parecen mascaradas y cabalgatas de carnaval que, al llegar la noche, rendidas de vocear y correr abandonan el jolgorio.

Yo no creo que los muertos de Madrid viajen con tanta aflicción como aquel de la fábula:

*Un mort s'en allait tristement
s'emparer de son dernier gîte;
un curé s'en allait gaiement
enterrer ce mort au plus vite.*⁶

⁶ Un muerto iba tristemente / a ocupar su última morada; / un cura marchaba alegremente / a enterrar al muerto deprisa.

¿Tristemente? En Madrid, morir es cordura. Si el saltatumbas le despacha «*au plus vite*», el muerto se ríe de él y de la vana agitación de los enterradores. Los madrileños conscientes se mueren por sustraerse al tiempo, por bogar en la eternidad, por dar a su vida el fondo perteneciente a su ritmo lento. Como viajeros, los muertos son los únicos madrileños que organizan su experiencia personal y saben la inutilidad de tener prisa.

No así el madrileño que persiste en viajar en tranvía. Es un tipo atolondrado, pueril, para quien llegar a la glorieta de Bilbao o a la Puerta de Atocha vale la pena de zambullirse en el remolino de groserías y arbitrariedades vejatorias que asalta los coches. Aún no se ha abierto bastante camino la idea de que el tranvía es solo un lugar de esparcimiento y recreo para familias modestas, campo de operaciones de galanteadores furtivos, vehículo de enfermedades infecciosas, depósito ambulante de malos humores; pero no carruaje que puedan utilizar las personas que se estimen. En tranvía viajan las gentes más feas de Madrid; sobre todo en verano; son los clientes de Bagaría. Viajan también los más pazguatos; los que toman la dirección contraria, los que nunca saben el precio del billete, los que le cuentan al cobrador, al guardia, al viajero contiguo, adónde van y con qué motivo. Viajan los más impertinentes; los que ocupan el estribo o la portezuela como finca propia, las familias que discuten sus asuntos íntimos en el instante de subir o apearse; conciertan bodas, organizan excursiones, se recomiendan negocios y cambian prolongados y tiernos adioses. Viajan las señoras gordas, los viejos perláticos, y esas hembras temibles rebujadas en un mantón de ocho puntas, con una cesta en el brazo izquierdo y un chi-

quillo en el derecho. Viajan los peor educados, que compiten en aspereza de genio con el conductor (quien apuñala con los ojos el espacio y da vueltas a la manivela con igual furia que si le retorciese el pescuezo a su mayor enemigo), y con el cobrador (que nos alarga, entre reniegos, el billete, bien untado de saliva, especie de cédula de excomuni6n). Viajan los conquistadores castizos: uno muy moreno, cejijunto, de bigotes puntiagudos, de pavoroso mirar, que al mismo tiempo subyuga, protege y perdona a una jovencita que va en el interior... Yo que siempre voy a pie, los desprecio. Pero a ninguno tanto como a estos dos: al hombre servicial que abre solcito las barandillas de la plataforma para que salgan otros, o le avisa al conductor cuando han acabado de subir los viajeros; y al se6orito que desde la acera sale corriendo para dar alcance al tranvía y lo atrapa, y de un salto cae en la plataforma como quien cae de la luna, y mira sonriente a los demás viajeros mendigando un chispazo de simpatía, y no le hacen caso, y él se ve muy solo, muy extraño, y se azora, y no sabiendo qué hacer rompe a silbar el andante de Beethoven oído la tarde anterior en el concierto del Price. Este es el gran Camarlengo del Augusto Colegio de Cretinos.



MADRID ES UNA CIUDAD prehist6rica, cavernaria. Un sabio nos lo dice, y yo lo creo. M6s: me lo estaba dando el coraz6n. Siempre que escribo algo de lo mucho bueno que pienso de Madrid, trabajo me cuesta celar esta convicci6n profunda: Madrid es

un pueblo del período protoneolítico; el oso del escudo rememora al primer ocupante de los cubiles madrileños, a un vecino de nuestros remotos abuelos. La ciencia, al suscribir tardíamente mis vaticinios, me autoriza para salir a la calle con un hacha de pedernal al hombro, emblema del madrileñismo. Estoy muy contento. «En aquella época —decía años ha el señor Salillas en una lección profesada en el Ateneo— a la mano del hombre le nació un diente: el hacha de piedra, el diente manual». (Caín debió de presentir esa imagen desquijarrante y la realizó, armando su mano fratricida con una mandíbula multidentada). Ese hombre, no sabíamos quién era, ni qué se proponía con llevar un diente en el puño; ni, menos aún, qué extravío del impulso migratorio le trajo a encastar en esas barranqueras entre Alcorcón y Vallecas, donde tantos han estado y están que preferirían no haberlas visto. Pero ya lo sabemos: ese hombre fue madrileño como nadie; más que san Isidro y que los majos de Goya; más que los personajes de *La verbena*; vino a cosa hecha, a fundar Madrid, y nos legó el parangón eterno del madrileñismo. Ese hallazgo prolonga el surco del casticismo en el tiempo: el hombre paleolítico que, aspirando a estar en pie, se puso en cuclillas en el soto del Manzanares, esbozó la actitud en que se reconoce todavía la condición madrileña, como se viene reconociendo a través de los siglos.

Débase el descubrimiento a don Elías Tormo, catedrático si los hay, erudito de marca. Un periódico lo anunció en estos términos: «Historia de Madrid. Madrid en la época paleolítica». «¡Qué disparate! —me dije—. ¿No es Madrid una persona de la Historia? ¿Cómo hacer la historia de nadie antes de haber existido? En tal caso, si a mí se me ocurriera escribir la biografía del señor Tormo, podría hablar del oxígeno,